

XXIII Asamblea del Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate

El 28, 29 y 30 de agosto de 1968 se tuvo en el Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate (Milán) la XXXIII Asamblea, en que se propuso como tema: «El pensamiento mítico, la metafísica y el análisis de la experiencia, ¿son estadios sucesivos o estructuras constantes del filosofar?»

Ante todo es preciso hacer una aclaración: no entendían la palabra «mito» en el sentido peyorativo en que solemos tomarla, como atribución falsa a la realidad, de un producto de la imaginación, sino que repetidamente declararon los ponentes, que tomaban la palabra «mito» en un sentido etimológico, que empalma con las diversas acepciones en que ya hablaban los griegos de *mythós*, por ejemplo Platón. Entendiendo esta palabra en este sentido amplísimo, caben bajo ella, por ejemplo, tanto la Revelación Divina que de un modo sensible, significa una realidad trascendente, como también el ideal que forma nuestra imaginación y que nos atrae finalísticamente al logro de un término. Distinguían, pues, claramente entre «mítico» y «mitológico» (y hasta hubo quien reprochó a Bultmann no haber distinguido los dos sentidos de la palabra *mythós* cuando habla de «desmitificación»). Sonaba, pues, esta palabra durante su uso en esta asamblea algo así como a contacto externo, sensible, imaginativamente presentado, *con realidades ulteriores significadas por él*.

Otro punto en el cual hubo coincidencia general entre los asistentes fue la afirmación de que, sin negar la reaparición de vez en cuando, a través de la historia, de formas de pensamiento en que prepondera más ya uno, ya otro de los tres elementos, no obstante en su conjunto hay siempre estos tres ingredientes simultáneamente en el pensamiento humano: el mítico, el metafísico y el científico.

Hubo cuatro relatores que con antelación expusieron diversas concepciones sobre el tema propuesto. Estos fueron Gustavo Bonfadini, Johannes B. Lotz, Vittorio Mathieu y Pietro Prini.

Varió bastante este año el modo de realizarse la asamblea, porque después de exponerse las cuatro relaciones introductorias, los asambleístas, sin leer trabajos propios, hablaban brevemente exponiendo sus puntos de vista ya en favor, ya en contra de lo dicho en las relaciones; a los cuales replicaban los relatores poco a poco sin dejar su respuesta hasta el último día, como se había hecho en años anteriores. Con ello la asamblea tenía algo más el aspecto de diálogo entre los asistentes.

Gustavo Bontadini afirmó que «atribuir un sentido al mito es un *mínimum* insuprimible del pensamiento mítico», y en este sentido es una constante en la filosofía. Pero insistió también mucho en el alcance de la metafísica que no elimina la fe sino que tiene un papel necesario de mediación.

El P. Lotz enlazó el mito con la expresión de la «imaginación» (sentidos); señaló al «entendimiento» su interpretación en la elaboración de las ciencias; y a la «razón» atribuyó el «captar las esencias como modalidad en que algo *es*, o sea participa del *ser*, y de este modo avanza hasta el ser; captando el ser, da a las esencias y a las formas imaginativas su suprema iluminación». En conjunto el pensamiento del P. Lotz se movía en el marco de la clásica metafísica de la tradición cristiana, pero sin dejar de tener en cuenta aportaciones contemporáneas y con una terminología adaptada a ellas.

Vittorio Mathieu admitió también que ya en los primeros pasos de la ciencia del renacimiento «las tres formas eran intrínsecas una a otra, sin que sin embargo a nuestra mirada — aguzada por la especialización sucesiva — sea imposible distinguirlas e individualizarlas también allí». De suerte que «asimismo el formalismo del análisis operativo de la experiencia no puede cortar totalmente sus lazos con el lenguaje común en el cual se expresa un pensamiento, también mítico-metafísico: pero lo que cuenta es la posibilidad de *hacer abstracción* de estos lazos sin que el análisis de la experiencia pierda nada de su radicación en la realidad. Y esto es lo que hace el análisis de la experiencia, que es autónomo: apto para desarrollarse según una ley propia, a pesar de cualquier incertidumbre que el científico pueda tener sobre la *interpretación* de tal análisis por el punto de vista diverso del pensamiento metafísico». De suerte que «la *materia* (entendida no en sentido físico, sino más bien metafísico-gnoseológico) es el aspecto de la experiencia que nuestro operar presupone a cada paso como un dato, y por esto queda opaco al conocer operativo de la ciencia. La ciencia podrá reducir poco a poco este aspecto, pero no eliminarlo: y por esto los medios para penetrar en tal dimensión de la realidad podrán ser ofrecidos sólo por un pensamiento diverso del análisis científico y operativo de la experiencia. De ahí que sobreviva un pensamiento mítico-metafísico junto a la

ciencia». Finalmente, «como conclusión, pensamiento mítico, metafísico y análisis de la experiencia, no sólo son estructuras constantes del filosofar, sino están en interconexión dentro de una *única* estructura constante del filosofar; en la cual históricamente puede darse sucesivamente con mayor evidencia ya uno, ya otro momento, pero sin que en ningún caso puedan caer los otros dos».

Pietro Prini abordó de un modo histórico el problema de las constantes comunes en la diversidad de maneras con que los filósofos han entendido la filosofía como teoría del mito, como teoría del ser y como teoría de la experiencia. «Estas diferencias tipológicas de la filosofía, dijo, en las cuales puede recogerse como en una especie de clases supremas la multiplicidad de los métodos y de las doctrinas en la historia de la filosofía occidental, no pueden ser entendidas según un esquema evolutivo, como si la aparición de una pueda suceder solamente a través de la muerte (o como diría el idealismo moderno: "superación") de la otra»; ni tampoco al modo de Comte: «En realidad, las tres modalidades fundamentales de que hemos hablado, corresponden a tres objetos diversos de la filosofía y por ello a tres diversos métodos de conducta del pensamiento: objetos y métodos que constituyen desde su primera aparición en la historia de la cultura, una fuente perenne de intereses teóricos, y de comportamientos investigadores, cuya importancia no puede desconocer el historiador sin quedar prisionero de un prejuicio parcial». Como se ve, en la concepción de Prini no aparecía tan clara la «universalidad» y «necesidad» de la metafísica, por poner en cambio más de relieve el aspecto histórico, y por ello hubo vivas y acentuadas discusiones entre Prini y Bonfadini. No obstante, para conocer más a fondo el pensamiento de Prini sobre este punto, es preciso acudir a su libro *Introduzione critica alla storia della filosofia* (Ed. Armando Armando, Roma, 1968) en el cual se nota el influjo de Gabriel Marcel, pues la obra que ha lanzado a Prini al tablado de la notoriedad ha sido la que lleva por título *Gabriel Marcel e la metodologia dell'inverificabile* (2.ª ed., Editrice Studium, Roma, 1968). Hay que tener en cuenta también que Prini en sus exposiciones matizó mucho más el breve texto de su relación.

No es posible en esta sucinta reseña bajar a pormenores que dentro de poco ya podrán leerse en el volumen o Actas de este «XXIII Convegno» en que tomaron parte unos 60 profesores universitarios.

Aunque no me es posible, pues, bajar ahora a pormenores sobre la interesante aportación de cada uno de los congresistas, no obstante haré una breve alusión a algunos puntos que me llamaron más la atención.

El P. Lotz nos hablaba de la «experiencia del ser» sin confundir la experiencia «óntica» de los entes con la «ontológica» del ser,

señalando la experiencia metafísica como un «horizonte» en que se desarrolla el pensamiento humano. Claro está que para él, experiencia del ser es captar la evidencia de no-contradicción, o absolutez, que lo penetra todo, y a la vez (ahí está el «misterio» del ser) lo trasciende todo: con ello enlazaba la metafísica de la tradición cristiana con aportaciones contemporáneas de la filosofía de la existencia (Heidegger y Marcel especialmente) y hasta en cierto modo con Hegel. No obstante, y a pesar de sus explicaciones, quedaba a veces algo oscuro y difuminado de qué experiencia se trata, porque de un modo capta el Ser (con mayúscula) la experiencia mística (que según la conocida frase de Gerson es «conocimiento experimental de Dios», y no hablaba de esto Lotz); de otro modo la pretenden los ontologistas (y tampoco Lotz la tomaba en este sentido); de otro modo captamos el «ser» como «primum cognitum», según la frase de Santo Tomás, noción en que se resuelven todas las demás, contenida en todas ellas; y finalmente de otro modo se capta el «ser» de una manera, diríamos, «vivenencial», a guisa de los llamados filósofos de la existencia, por ejemplo Gabriel Marcel.

Lazzarini habló de lo que podríamos llamar una teología negativa, de manera que nos suscitaba el recuerdo del Pseudo-Dionisio con su *De Divinis Nominibus*; y como correlato a ello, salvándonos de la problematización en que se injertan la filosofía y la respuesta de la fe, hablaba de una filosofía «de la salvación», como verdadero punto omega.

Monseñor Di Napoli oponía reservas a una excesiva compenetración entre «mito - experiencia religiosa - revelación - fe», como también prefería la expresión «presencia del ser en los entes» a la del «misterio del ser», aludiendo a Rosmini con el equívoco entre «trascendental» y «trascendente» que hace correr riesgos de panteísmo.

También monseñor Giannini nos hablaba de una «intuición original» (pensamiento mítico, intuitivo) que se desenvuelve en forma conceptual y es medido por la experiencia, distinguiendo entre la experiencia proto-lógica con su abertura incondicionada «omnicomprensiva» ante los datos, y la experiencia ya condicionada, que originaba el fracaso de Kant ante la metafísica.

La intervención del P. Rizzi, profesor de filosofía de la Religión en Gallarate, me causó algo de dificultad, porque nos proponía como cierta experiencia de Dios en las cosas mismas; pero yo no logré ver clara en sus palabras la distinción entre experiencia de algo que puede llamarse divino en el sentido de que *viene y nos lleva* a Dios («tamquam causam per effectus») y algo que fuese *experimenter* a Dios en las cosas.

También me produjo cierta perplejidad la comunicación de A. Leonard (de Lovaina) con su frase de «superación de la distin-

ción entre natural y sobrenatural», pues si admitía, como dijo, el carácter gratuito de lo sobrenatural, por lo mismo ya se admite su distinción de lo natural, a menos que atribuyese a la naturaleza también igual gratuidad, lo cual en este caso tampoco concordaría con la obra de Hegel, pretendida única Filosofía de la Historia, en que precisamente lo que sobresale no es la gratuidad sino la concatenación racional. Claro está que la metafísica no puede oponerse a la historia y a la Revelación en la historia; pero bien es preciso señalar su especificidad so pena de caer en una zona cercana al panlogismo panteísta.

El profesor de Madrid, señor Legaz Lacambra, hizo una interesante trasposición del tema a la filosofía del derecho, cotejando las obras de Lundstaedt, Jaener y la suya propia; puesto que en la experiencia se halla siempre compenetrada la metafísica, se comprueba en el hombre una comprensión pre-ontológica del derecho; si se hace análisis «integral de la experiencia» se halla lo trascendente (con lo mítico y lo metafísico) que la penetra.

El jueves 29 de agosto se tuvo una recepción de los congresistas por parte del Ayuntamiento y Autoridades de Gallarate, en la cual tomaron la palabra representantes de los distintos grupos lingüísticos de congresistas, también el alcalde de la ciudad y el P. Giacom como secretario del Congreso.

El viernes 30 se tuvo la sesión de clausura, en que se perfiló más el sentido de la aportación de conjunto de esta asamblea. Creo puede decirse que las dos ideas que predominaron a lo largo de tres densos días de diálogo fueron la noción de *mythós* en el sentido expuesto y la de metafísica con su trascendencia universal que necesariamente penetra toda la realidad, la ciencia y la historia.

Fue una asamblea de notable altura intelectual entre cultivadores de la filosofía cristiana, con una gran amplitud de puntos de vista, pero rectamente enfocados; y fue una nueva e interesante aportación a la filosofía contemporánea, en la que tanto sigue distinguiéndose el Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate.